Viaje de un ferroviario por la cómica ciudad

Manuel Tejedor Rábano

Viaje de un ferroviario por la cómica ciudad

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-40-6
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-27667-2024

a-
La ciudad perdida

Dancing

Estaba sentado sobre una vieja silla de madera,
frente al rumor árido del tráfico de los infiernos.
Doce pisos debajo de mí se habían quedado huecos de repente,
sin dolor ni risa atropellada entre los dientes.

Estaba sentado en un domingo triste por la tarde,
rememorando melancólicos recuerdos de a diario,
asidos apenas con la punta de los dedos,
con los talones apenas apoyados en el pretil de la ventana.

El sol, en su círculo vicioso, se alejaba ya rojo,
manchando de sangre con sus rayos la atmósfera.
Un torbellino de pasiones me bullía por doquier,
pero no encontraba la salida de urgencia ni la sala de espera.

Una sirena de plomo, entre ambulancia y policía, me sacó del atolladero.
No podría decir ahora si miré intrigado hacia abajo
o si contemplé el último rayo de luz que atardecía
sobre los cristales espejo del rascacielos de encima.

Siempre he sido un sentimental para estas cosas
y prometo que las nubes blancas del azul cielo
se contaban como corderos mientras saltaban, de espejo a espejo,
las cercas aceradas que separaban las ventanas.

No me quedé dormido porque era un domingo obsceno por la tarde
y sabía que los colmillos de la noche a la vuelta de la esquina
vendrían a hendir su frialdad sobre mi cuerpo.
Presto me sobresalté para ponerme la gabardina y el sombrero.

Uniformado entré en el baile de la esquina,
donde sé que las nubes de los cigarrillos de los otros,
que ya no fumo, excita románticos sentimientos.
Hay una bruma atravesada por unos ojos de mujer que solo así saben
mirarme.

Un beso en los labios boquiabiertos de espuma de mar,
una brisa que suspira en el aliento,
una lengua emergiendo de ballena desde la superficie de los labios
para conocer otros mundos de sabores y otros aires.

Un poco de alcohol que te haga estallar neuronas,
como un medio de conocer el rutilante brillo de lejanas estrellas
mientras como una rata te refugias en las cloacas que apestan,
pero que, crees sentir, son el perdido paraíso.

Calles de mi ciudad

Calle de los que hiláis con seda el tiempo marchito
que no fue verdad.
Calle del barrio de los oficios en que el trabajo es juego,
el juguete una herramienta, el trabajo es vicio.

Calle de los que amasáis el trigo de las palabras
con canónica verdad,
en que el juego de los niños es aprendiz de brujo
y no hay nada que sea verdad.

Calle de los colores gitanos de las flores de papel,
donde los lunares ruedan de las manos a las telas.
Aguadores de agua cristalina que flota en la madera.
Calle de vinateros, llenos sus cántaros de farolas.

Calle de nocturnos cantaores de monótonas campanadas,
poetas de la medianoche con la ventana de par en par abierta.
Calle del barro cocido, haciendo vientres de carne,
carritos de la chatarra con extenuados burritos siempre,
descansando a la sombra del asfalto, bebiendo cubos, sedientos.

Calle que sois la escuela donde se aprende casa por casa,
escaleras de estropeados ascensores donde se ama,
tragaluces donde se esconde la luz para todos,
brotando en los encendidos pétalos de los balcones.

Calle donde existe el más grande zapato de gigante
por unas monedas y un hombre se hace señor por un traje con corbata.
Calle de los vagabundos de mercados y cloacas
en que una asfixiante cuesta al mediodía va matando a viejas.

Calles de la siesta de madrugada a las seis de la mañana,
las esquinas donde el amor desvelado aguarda la noche entera.
Noches de la camiseta de verano y la enagua sudadas.
Barrio revuelto donde se concentra en cuatro destartaladas calles la vida.

En el cuarto piso de un bloque, el mismo que el mío,
vive mi patrón, un vecino.
Enfrente, en los impares de la calle,
un pequeño taller me aguarda para ser, con mi vecino, obrero.

La esquina del callejón sin luz

Creo que el otro día apuñalaron en el callejón a casi un niño,
aunque la mano asesina fuera en él la de otro niño.
Ahora huele terriblemente a sangre asesina e inocente,
donde las viejas, chicas y jóvenes buscaban el amor, callejón sin salida.

Desconcierto del futuro, las mondas alborotadas como bucles de pelo.
Rebeldes, se pudren colgadas por doquier en las cuerdas de ropa.
Escaleras de caracol, esquinas putrefactas en el mundo sin banderas.
La lozanía de la carne va desahogándose con tristeza.
Siguen sonando los tambores de la noche entre sirenas,
sin besos ni sonrisas de hierbabuena.

La serpiente de la noche vierte su veneno
sobre las habitaciones sin luz ni ventilación.
Arrecia un olor a húmeda madera, desnuda de pintura,
a fragancia de ropa humedecida en armarios mohosos.

Escaleras de hierro viejo y abarquilladas maderas,
repudiadas de la pintura, paredes descascarilladas.
La sonrisa es tan plomiza en las caras
que va cayendo, con los párpados como zarcillos junto a las rejas.

¡Dios, qué cristales tan sucios!
Sin saber qué hacer, las ramas de los tiestos
y las mantas que te destapan a medianoche
con un cierto picor en la garganta.

En el callejón, huele a basura y a ratas,
a madriguera humana de comida y sudor,
a frío destapado, a vino alcoholizado por la traición.

El hombre de mármol

Acudían venturosos los pájaros mañaneros
con el temprano rocío de la aurora
sobre tu piel blanca para entonar himnos viajeros,
mas tus manos no podían acariciar sus versos.

Tu mirada de blanca ilusión, perdida en la arboleda,
lamentaba los besos anónimos de los enamorados
que, escondidos, hurtaban al amor su misterio,
poniendo la carne de gallina para conmover piedras.

Algún niño travieso, que con imaginación faena,
juega a alcanzar la paloma de tu frente, tirando piedras,
mientras los enamorados se despiden sosegados,
escribiendo sus nombres en el hueco de un corazón sin pena.

Nadie quiso recordarte, salvo el viejo o el poeta.
El viejo, porque a sus oídos llegó aun el rumor de la mar
que, con tu ingenio, desbordó los diques de su época.
El poeta, porque pasea imaginando encarnar las piedras.

Pero tus huesos marmóreos lloran tu sepulcro
con la calma de la niebla entre perdidas arboledas.
Te han izado en mitad de la plaza como inhiesta bandera,
para que veas, sufras, adivines la vida nuestra,
aunque el viento no te mueva…

Mi barrio

Dedicado a las gentes que como yo
viven en mi barrio…
aunque no puedan escapar.

Mi barrio es de lo más importante,
es minúsculo frente a los bloques de pisos,
en invierno siempre se acatarra
y vomita barro dolorido.

Tenía una mujer borracha
que en un día de caridad
se ahogó en la porquería de su casa
y vino una ambulancia.

En mi barrio, los borrachos discursean,
se emborrachan con vino tinto,
mueren atropellados por Casablanca
y, cuando se va, el sol se queda a oscuras.